

SACRIFICIO Y APOSTOLADO

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

SACRIFICIO Y APOSTOLADO

Los profetas habían anunciado repetidamente la Pasión y la Muerte de Cristo; pero el pueblo elegido, cada vez más insensible a la Revelación divina, esperaba una redención humana, sin cruz y sin ignominia. Por eso, cuando el mismo Jesucristo dice a las gentes que le escuchan que sólo al ser *levantado en alto*, al morir en el patíbulo de la Cruz, atraerá a sí todas las cosas, ellos responden: *nosotros sabemos por la ley que el Cristo debe vivir eternamente, ¿cómo dices que debe ser levantado en alto el Hijo del hombre?* ¹.

Ni siquiera los Apóstoles lo entendían. Y cuando el Señor les anuncia que ha de ir a Jerusalén para padecer y morir, Pedro —que íntimamente iluminado por el Padre acaba de confesar la divinidad de Jesucristo— trata de disuadirle, y merece el reproche más duro y la enseñanza más clara sobre la necesidad del sacrificio: *apártate de mí, Satanás, que me eres ocasión de escándalo, porque no gustas de las cosas de Dios, sino de las de los hombres. Y dijo entonces Jesús a sus discípulos: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar la vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor mío, la encontrará* ².

(1) *Joann.* XII, 34.

(2) *Matth.* XVI, 23-25.

Más tarde, ya casi en la inminencia de la Pasión, el Señor *tomando aparte a los Doce, les dijo: mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas del Hijo del hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía*³.

Sólo con la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, una poderosa luz sobrenatural iluminará las mentes de los Apóstoles para que alcancen de algún modo esa misteriosa necesidad de la Cruz. Y Pedro, y con él toda la Iglesia, enseñará: *cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria; antes bien, alegraos de ser participantes de la pasión de Jesucristo*⁴.

La redención, obra de la Cruz

La predicación de la Cruz habría de seguir chocando a los hombres, entonces como ahora, cuando el alma no vive de fe o se debilita el sentido sobrenatural de la vida. *Los judíos piden milagros, y los griegos, ciencia; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los que son llamados, tanto judíos como griegos, es Cristo la virtud de Dios y la sabiduría de Dios*⁵. Y a los de Filipos, San Pablo escribirá una de las páginas más duras y a la vez más conmovedoras de sus epístolas: *sed, hermanos, imitadores míos y atended a los que caminan según el modelo que en nosotros tenéis, porque son muchos los que andan —de ellos os he hablado frecuentemente, y ahora lo hago llorando— como enemigos de la cruz de Cristo. El fin de éstos será la perdición, su dios es el vientre, y la con-*

(3) *Luc. XVIII, 31-34.*

(4) *I Petr. IV, 12-13.*

(5) *I Cor. I, 22-24.*

El sacrificio de la Misa perpetúa el de la Cruz

fusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas ⁶.

Nuestra redención se obró y se obra en la Cruz de Cristo. San Agustín llega a decir que *no hubo medio más conveniente de salvar nuestra miseria* ⁷. Y Santo Tomás explica: *la liberación del hombre por la pasión de Cristo convenía tanto a la misericordia de Dios como a su justicia. A su justicia, porque mediante la pasión satisfizo por los pecados del género humano, y así fueron los hombres librados por la justicia de Cristo. Convenía también a la misericordia, porque, no pudiendo el hombre satisfacer por sí mismo el pecado de toda la naturaleza (...), le dio Dios a su Hijo para que satisficiera* ⁸. En la Pasión y Muerte de Jesucristo, en la Cruz, resplandece deslumbrante la bondad de Dios en armonía con la justicia, y se muestra la malicia inmensa del pecado, que tal reparación ha exigido.

El sacrificio de la Misa perpetúa el de la Cruz

La obra de la Redención continúa en la Iglesia que, para aplicar a todos los hombres los méritos de Cristo y la liberación por El ganada, centra su vida entera en el Sacrificio de la Misa, que perpetúa el de la Cruz y pone a las almas en comunión con la Pasión redentora. *Los demás sacramentos, como todos los ministerios de la Iglesia y las obras de apostolado, están vinculados a la Sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. En la Santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, el mismo Cristo* ⁹: *Christus passus*, Cristo en estado de pasión. Y para eso instituye unos ministros que, en la sociedad de los fieles, tuviesen la potestad de Orden para ofrecer el Sacrificio, perdonar los pecados

(6) Philip. III, 17-19.

(7) San Agustín, *De Trinitate* XII, 1, 5.

(8) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 46, a. 1 ad 3.

(9) Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 5.

y desempeñar públicamente el oficio sacerdotal para los hombres en nombre de Cristo ¹⁰.

Y ese gran Sacrificio continuo de la Iglesia lo ofrece el Pueblo de Dios entero, con los sacerdotes: *toda la ciudad redimida, es decir, la congregación y asociación de los santos, ofrece a Dios por medio del Gran Sacerdote el sacrificio universal, que es el mismo ofrecido en su Pasión por nosotros, para que seamos cuerpo de tal Cabeza* ¹¹.

Pero junto a esa participación conjunta de todo el Cuerpo de Cristo, ha de haber también una acción apostólica, corredentora, personal, de todos los cristianos. *Los laicos tienen el derecho y el deber de hacer apostolado, derecho y deber que provienen de su unión con la Cabeza, Cristo. Insertados en el Cuerpo Místico por el bautismo, y firmes por virtud del Espíritu Santo en razón de la confirmación, están destinados por el mismo Señor al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y pueblo santo* ¹², *para ofrecer hostias mediante todas las obras espirituales, y en todos los ámbitos de la tierra dar testimonio de Cristo. Esa caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y se nutre de los Sacramentos, principalmente de la Santísima Eucaristía* ¹³. Doctrina ésta sobre el derecho y el deber de todo cristiano para el apostolado, que nuestro Padre predicó desde 1928. Y espíritu éste —unión con Cristo en el Sacrificio de la Misa, como fuente y raíz de toda eficacia apostólica— que nuestro Fundador ha resumido diciéndonos centenares de veces que la Misa es *el centro y raíz de nuestra vida interior* ¹⁴ y, en consecuencia, de toda nuestra eficacia.

Somos corredentores

Esa unión sacramental —fuente de apostolado— con el Sacrificio de Jesucristo requiere, y a la vez promueve, el sacrificio personal de ca-

(10) *Ibid.*, n. 2.

(11) San Agustín, *De civitate Dei* X, 6.

(12) Cfr. I *Petr.* II, 4-10.

(13) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(14) De nuestro Padre, *Obras* VIII-65, p. 13.

da uno. *La redención se continúa haciendo; y vosotros y yo somos corredentores. Vale la pena jugarse la vida entera, y saber sufrir, por amor, para sacar adelante las cosas de Dios y ayudarle a redimir el mundo, para corredimir* ¹⁵. Si la causa de la Redención se obtuvo mediante el Sacrificio, con sacrificio se han de lograr sus efectos en las almas. *Con su pasión nos libró Cristo de nuestros pecados causalmente, es decir, instituyendo una causa de nuestra liberación, en virtud de la cual pudieran ser perdonados cualesquiera pecados cuando quiera que hayan sido cometidos, sean pasados, presentes o futuros; como si un médico prepara una medicina con la que pueden curarse todas las enfermedades* ¹⁶; pero cuya aplicación exige una acción semejante a la que fue necesaria para obtenerla.

La eficacia de los padecimientos de Cristo en las almas requiere nuestra cooperación, haciéndonos en todo también nosotros *alter Christus*. *Debéis procurar que, en medio de las ocupaciones ordinarias, vuestra vida entera se convierta en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar* ¹⁷.

La Redención del Señor en la Cruz —enseñó nuestro Padre— *es suficiente y sobreabundante, pero nos trata como a seres inteligentes y libres y ha dispuesto que, misteriosamente, cumplamos en nuestra carne —en nuestra vida— aquello que falta a su pasión pro corpore eius, quod es Ecclesia (Colos. I, 24)* ¹⁸. Y comentando este mismo pasaje de la Escritura, dice Santo Tomás: *hay que entender que Cristo y la Iglesia es una persona mística, cuya cabeza es Cristo, y el cuerpo todos los justos: "miembros del miembro"* ¹⁹. Dios ordenó en su predestinación los méritos que debía haber para toda la Iglesia, tanto en la Cabeza como en los miembros, del mismo modo que predestinó el número de los elegidos. Y entre estos méritos se cuentan principalmente los padecimientos de los santos ²⁰. Y así, nos decía nuestro Padre, *en ese*

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(16) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 48, a. 1 ad 2.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1955.

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(19) I Cor. XII, 27.

(20) Santo Tomás, *Super epistolam ad Colos. lectura* 1, 6.

cuerpo místico, en el Opus Dei, vosotros y yo, con el cumplimiento gustoso del deber —aunque cueste—, con ese vencimiento, con esa sonrisa que a veces es mortificación, logramos abundantemente la gracia del Señor para otras almas ²¹.

Eficacia de la mortificación

No hay otro camino para alcanzar la identificación con Cristo que la Cruz, y esto vale tanto para la santidad personal como para la eficacia apostólica. *Si somos hijos, también herederos; herederos de Dios, pero coherederos con Cristo, a condición de que con El padezcamos para ser con El glorificados* ²². No hay otro camino. *Cristo, que es el heredero principal, llega a la herencia de la gloria por la pasión. ¿No era necesario que Cristo padeciese para entrar en su gloria? Y nosotros no debemos alcanzar esa misma herencia de un modo más fácil. Es necesario que también nosotros lleguemos a aquella herencia mediante los padecimientos* ²³.

El fruto del apostolado que por vocación estamos llamados a obtener —que si será luego nuestra gloria, es ahora nuestra responsabilidad—, depende de esto. *No podemos aspirar a ser corredentores con Cristo, si no estamos dispuestos a reparar por los pecados, como El hizo (...). Queremos ofrecer nuestra vida, nuestra dedicación sin reservas y sin regateos, como expiación por nuestros pecados; por los pecados de todos los hombres, hermanos nuestros; por los pecados cometidos en todos los tiempos, y por los que se cometerán hasta el fin de los siglos* ²⁴.

Ya el Señor nos lo había anunciado con claridad: *en verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra no*

(21) De nuestro Padre.

(22) Rom. VIII, 17.

(23) Santo Tomás, *Super epistolam ad Rom. lectura* 3.

(24) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto ²⁵. Como el grano de trigo, tenemos, hijos míos, la necesidad de la muerte para ser fecundos. Tú y yo no queremos estar solos; queremos multiplicar nuestra familia, dejar un surco luminoso y hondo. Por eso, hemos de lanzarnos por los campos de la espiritualidad, levantando todas las cosas humanas y a los hombres que trabajan en ellas. Para ser apóstoles, tenemos que llevar en nosotros a Cristo crucificado, como quiere San Pablo ²⁶.

El Papa Pablo VI lo recordaba en su predicación durante un solemne Viacrucis, advirtiéndolo de un peligro que tiende a ofuscar esta doctrina. *Si sabemos ver la orientación que va tomando nuestra educación moderna, comprobaremos que conduce a un cierto hedonismo, a la vida fácil, a un cierto esfuerzo por eliminar de nuestros afanes la cruz (...). Y cuántas veces también tratamos de eliminar, en la interpretación del Evangelio, las páginas de la Pasión del Señor, para tomar de él solamente lo que hace nuestra vida hermosa, serena, poética, lírica, espléndida y espiritual. Esa página sangrante y trágica de la Cruz nos atemoriza, y no quisiéramos abrirla nunca (...). También en estos tiempos modernos, después del Concilio, ¿no hemos sentido frecuentemente la tentación de creer que ha llegado el momento de convertir el Cristianismo en algo fácil, de hacerlo confortable, sin sacrificio alguno; de hacerlo conformista con las formas cómodas, elegantes y comunes de los demás, y con el modo de vida mundano? ¡Pero no es así! (...).*

El Cristianismo no puede dispensarse de la cruz: la vida cristiana no es posible sin el peso fuerte y grande del deber; no es posible sin ese pasaje, este misterio pascual del sacrificio. Si tratásemos de quitar esto a nuestra vida, nos crearíamos ilusiones y debilitaríamos el Cristianismo; habríamos transformado el Cristianismo en una interpretación muelle y cómoda de la vida; mientras que nuestro Maestro, el Señor, nos ha dicho que es menester llevar la cruz con sus asperezas y sus dolores, y con su exigencia absoluta ²⁷.

Tenemos —nos dice nuestro Padre— *que mantener vivo el senti-*

(25) *Joann.* XII, 24.

(26) De nuestro Padre, *Meditación*, Semana Santa de 1954, en *Crónica* II-62, p. 17.

(27) Pablo VI, *alloc.* 8-IX-1966.

do del pecado y la reparación generosa, frente a los falsos optimismos de quienes, enemigos de la cruz de Cristo (*Philip. III, 18*), todo lo cifran en el progreso y en las energías humanas. Cometen éstos el gran pecado de olvidar el pecado, que algunos piensan ya haber quitado de enmedio. No consideran que forma parte de la economía redentora que el grano de trigo, para que sea fecundo, debe ser hundido en la tierra y morir (*cf. Ioann. XII, 24*)²⁸.

Abnegación

El verdadero apostolado exige renuncia personal, entrega sacrificada, holocausto propio. Como Cristo enviado por el Padre es la fuente y el origen de todo el apostolado de la Iglesia, es patente que toda la fecundidad del apostolado depende de la unión vital con Cristo (...), acordándose de la palabra del Señor: "si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome la cruz y que me siga"²⁹⁻³⁰. El verdadero apóstol ha de saber morir a sí mismo, precisamente porque le mueve el amor: *nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos*³¹. Quien no sabe de sacrificio no sabe tampoco de amor: porque el amor enajena, el amor induce suave y dulcemente a la abnegación más completa de sí mismo; y esa abnegación purifica, limpia, clarifica el alma, la diviniza. La resurrección —hay como unas primicias aquí en la tierra, en la vida del espíritu, en la santificación— pasa por la muerte; y a esa resurrección espiritual sigue una pentecostés ubérrima de fruto apostólico.

Abnegación, renuncia a toda gloria personal, no buscarnos a nosotros mismos en el apostolado, no pretender nada para sí: es condición para que haya fruto. Y con esto —condición primaria—, la mortificación abundante de la voluntad y de los sentidos, la penitencia corporal

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(29) *Matth. XVI, 24*.

(30) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 4.

(31) *Ioann. XV, 13*.

—prudente pero generosa—, la Cruz de Cristo; y jamás esa otra cruz falsa que procede de la rebeldía ante el dolor o la renuncia. *El apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corredimirlos con su oración y su expiación* ³².

Santa María es corredentora por un título especial y de un modo eminentísimo, ya que participó como nadie en la Pasión y en la Muerte de Jesucristo, y es Madre de salvación para todas las almas. *Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano —no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza.*

—Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz ³³.

La consecuencia será ésta: *así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo; solamente así serás apóstol* ³⁴.

(32) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932.

(33) *Camino*, n. 508.

(34) *Camino*, n. 929.

[Anterior](#) - [Siguiete](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)

